
COMPRENSIÓN LECTORA “EVEREST”

“Había fantaseado mucho sobre aquel momento y la oleada de emociones que lo acompañaría. Pero ahora que por fin estaba allí, literalmente de pie en la cima del Everest, no tenía fuerzas para pensar en ello. Era el 10 de mayo de 1996, a primera hora de la tarde. Hacía 57 horas que no dormía. La única comida que había sido capaz de tragar en los tres días precedentes era un bol de sopa de ramen y un puñado de cacahuetes. Semanas tosiendo con violencia me habían dejado dos costillas separadas que convertían en un tormento el mero hecho de respirar. A 8.848 metros, en la troposfera, me llegaba tan poco oxígeno al cerebro que mi capacidad mental era como la de un niño retrasado. En aquellas circunstancias, poca cosa podía sentir, a excepción de frío y cansancio.”

*Mientras Krakauer empieza el largo y peligroso descenso tras coronar la cima, con la reserva de oxígeno al límite, otros 20 escaladores de su grupo seguían empeñados en alcanzarla **sin advertir las nubes que empiezan a cubrir el cielo**. “Cuando me disponía a hacer rapel sobre el borde del escalón, me percaté de un alarmante espectáculo”, escribe Krakauer, quien durante la espera se quedó sin oxígeno, “Nueve metros más abajo, en la base, había una cola de más de una decena de personas. Tres escaladores habían empezado ya a subir por la cuerda que yo me disponía a utilizar para el descenso. Mientras intercambiaba triviales felicitaciones con los que iban pasando, por dentro pensaba, exasperado: ¡Daos prisa, joder, daos prisa! ¿Mi cerebro está perdiendo millones de células.” Seis horas y 3.000 metros más abajo, con la ventisca azotando ya las laderas de la montaña, Krakauer llega a su tienda helado y sufriendo alucinaciones por la falta de oxígeno. Seis de sus compañeros aún no han regresado...*

Aunque varios de ellos llegaron a la cumbre el 10 de mayo, se encontraron con graves peligros durante su descenso. Ocho personas murieron cuando trataban de trepar por la montaña durante la tarde de la tormenta. En su libro, Krakauer señala que Hall les había indicado que la hora límite para alcanzar la cima eran las 14:00 horas; “si a esa hora no han llegado, lo mejor es dar la vuelta y regresar al campamento”. A esa hora, muy pocos miembros de la expedición de Adventure Consultants habían llegado a la cima. Hall llegó a las 16:00 horas en compañía de otros rezagados, justo detrás del grupo de Mountain Madness. Krakauer relata que ya entrada la tarde, alrededor de las 16:30 y 17:00 horas se desató una fuerte tormenta, pero él ya se encontraba cerca del campamento 4, pero evidentemente muchos de los rezagados la padecieron muy cerca de la cima, justo en el tramo más complicado.

En fila india y "a paso de tortuga" ascendían. No tardaron en llegar los vómitos. Los guías tiraban de los más lentos. Todos los clientes subían con botellas de oxígeno, con reservas previstas hasta las cinco de la tarde del 10 de mayo. A partir de ahí, expuestos al edema pulmonar y cerebral, la hipotermia y las congelaciones.

Krakauer holló el Everest pasada la una de la tarde. En el plazo previsto, pues los líderes de los grupos se habían marcado las dos de la tarde como el límite para hacer cima o, en caso contrario, darse la vuelta.

El guía Andy Harris, del grupo de Hall, pasó a su lado. Krakauer le pidió que cerrara la válvula de la botella de oxígeno que llevaba en la mochila, pero el hombre, afectado ya por la hipoxia (insuficiencia respiratoria), se equivocó y la abrió a tope. Krakauer no se dio cuenta hasta que comenzó a asfixiarse. Se tuvo que quitar la máscara mientras pensaba en cómo la falta de oxígeno consumía sus células del cerebro.

La tormenta se echó encima. El caos se adueñó del descenso, pese a los esfuerzos de guías y sherpas, que se jugaban la vida auxiliando a los **aficionados**. Los copos de nieve les "aguijoneaban la cara empujados por rachas de viento de 70 nudos". A 50 grados bajo cero. "Había sobrepasado hasta tal punto el umbral de la extenuación que incluso experimentaba un claro distanciamiento de mi cuerpo, como si estuviera viéndome descender desde unos metros más arriba". Eran los delirios...

Para escalar a 8.000 metros, donde cada error se magnifica por el escaso oxígeno, donde un sorbo de té caliente puede ser la diferencia entre la vida y la muerte, no hay dinero en el mundo que pueda garantizar el resultado. Quizás el precio para subir al Everest se tenga que calcular de una manera diferente. Parece que cada vez hay más personas dispuestas a pagar dinero al contado [hasta 65.000 dólares], pero no todas tienen intención de invertir en sí mismas, de aportar el esfuerzo que haga falta para prepararse gradualmente, en cuerpo y mente, de comenzar en cimas más bajas y dificultades más sencillas para intentar al final subir ochomiles». Esta reflexión del kazajo Boukreev pone el dedo en la llaga de una actividad, la explotación comercial del Everest, que ha cavado profundas trincheras en los bandos de los defensores y detractores.

Into thin air critica la banalización del montañismo: abundan las expediciones comerciales que arrastran literalmente hasta la cima, aupados por los sherpas, a personas que no saben escalar. Participar en una expedición al Everest cuesta entre 24.000 y 54.000 euros por persona. Durante la primavera de 2007 llegaron a la cima 630 personas, tantas como en los cuarenta años que transcurrieron desde la primera conquista de la cumbre, la de Edmund Hillary y el sherpa Tenzing Norgay, el 29 de mayo de 1953, hasta 1993. En mayo de 2008, más de 130 alpinistas llegaron a coronar el Everest en un solo día. El aluvión de gente es tal, que provoca tapones en los pasos difíciles como el Escalón Hillary, una escarpa muy pronunciada de la vía del Collado Sur, e impide subir y bajar a la velocidad necesaria: una de las causas de la tragedia de 1996. La otra: los guías saben que no deben sobrepasar jamás la hora de bajada, porque permanecer más tiempo puede significar la muerte; sin embargo, la presión de los clientes y la rivalidad entre los guías de las expediciones de Adventure Consultants y Mountain Madness pudo con la profesionalidad y la prudencia.

Los expertos en el tema de montañismo han señalado que los dos líderes tomaron una serie de malas decisiones durante esta expedición: principalmente, su error consistió en no respetar los tiempos establecidos desde el principio. Los escaladores suelen comenzar el empuje final hacia la cumbre a partir de un campamento situado a una altitud de unos 7,900 metros. Suben a las primeras horas de la madrugada, con la esperanza de llegar a la cumbre al mediodía. Entonces, deben apresurarse a bajar al campamento, tratando de llegar a la seguridad de sus tiendas de campaña antes del atardecer. Esta apretada agenda de 18 horas deja poco margen para el error. Si los escaladores se atrasan durante el ascenso, se enfrentan a un descenso nocturno extremadamente peligroso. Hall y Fischer reconocían estos peligros. Además, ellos debieron haber comprendido que los individuos tendrían dificultades para abandonar su intento de llegar a la cumbre después de haber estado tan tentadoramente cerca de lograr su objetivo. Sabían que los escaladores, ya cerca de la cumbre, son particularmente susceptibles a “sesgarse” y se muestran tercos y necios. Hall y Fischer conocían “la regla de las dos”, es decir, si el escalador no ha llegado a la parte superior de la montaña a las 2 de la tarde, entonces ese individuo debe abandonar su intento por alcanzar la cima y regresar al sitio seguro del campamento.

Muchos miembros del equipo reconocieron los peligros asociados con la violación de la regla, pero optaron por no cuestionar la determinación de los líderes. Los grupos nunca participan en un diálogo abierto y franco con respecto a la elección de seguir adelante. Neil Beidleman, un guía en el equipo de Fischer, tenía serias dudas respecto a continuar el ascenso de la montaña cuando eran las 12 del día. Sin embargo, él no se sintió cómodo para decirle a Fischer que tenían que regresar.

Los escaladores que participan en estos equipos de expedición no se conocen muy bien entre sí. Muchos de ellos no habían conocido a sus colegas antes de llegar a Nepal. Esto hace más difícil que se fomente el respeto mutuo y la confianza durante el poco tiempo que permanecen juntos. Sin saber cómo podrían reaccionar los demás a sus preguntas o comentarios, muchos escaladores se mantuvieron indecisos cuando surgieron dudas en sus mentes. Para el ruso Anatoli Bukréyev, uno de los guías del equipo de Fischer, era sumamente difícil comunicarse con los demás debido al poco dominio que tenía del idioma inglés. En consecuencia, no expresó su preocupación ante los líderes.

Hall también dejó en claro, desde el principio de la expedición, que no fomentaría el debate y los cuestionamientos entre los integrantes del grupo. Él consideró que los demás debían ceder ante él, debido a su vasta experiencia en alpinismo y su notable historial de guiar a los clientes a la cima del Everest. Después de todo, Hall había guiado un total de 39 clientes a la cima durante 4 expediciones anteriores. Krakauer relata que Hall, durante los primeros días de la ascensión, les dijo: “Voy a tolerar cualquier disensión allá arriba, pero mi palabra es ley absoluta”.

Las organizaciones estructurales creadas por Hall y Fischer representaron una de las grandes fallas de los líderes. Ambos, en el momento de mayor crisis, decidieron delegar responsabilidades a los guías, pero algunos de ellos no tenían la autoridad suficiente para tomar decisiones. Incluso, la situación física y la coherencia mental de algunos guías ya había sido afectada por las condiciones climáticas. Andy Harris, uno de los guías del equipo de Hall, se vio afectado por la hipoxia, probablemente causada por el hielo que obstruía su sistema de oxígeno. Consecuentemente, Harris estaba imposibilitado de asistir al resto de los escaladores.

Un total de 8 personas fallecieron el 10 de mayo de 1996 en el Everest: Scott Fischer, Rob Hall, Andy Harris, Doug Hansen, Yasuko Namba, Tsewang Samanla, Dorje Morup y Tsewang Paljor. Un total de 12 muertes se registraron durante la temporada de primavera de ese año, haciendo de 1996 el año con más muertes hasta las 16 ocurridas durante la avalancha de 2014 y las 18 como consecuencia del terremoto de abril de 2015 en Nepal.